POLÉMICAS POR LA DETENCIÓN DE PINOCHET : EL CASO DE JORGE EDWARDS Y LUIS SEPÚLVEDA

Eduardo San José Vázquez

Universidad de Oviedo, España
esanjose@correo.uniovi.es

RESUMEN

El artículo se sitúa ante las polémicas suscitadas entre escritores chilenos y españoles a raíz de la detención de Augusto Pinochet en octubre de 1998. LIntenta mostrar cómo las posiciones que encarnaron entonces los escritores chilenos Jorge Edwards y Luis Sepúlveda, sobre todo a través de la polémica que sostuvieron desde las páginas del diario madrileño El País, sirvieron de referentes básicos en la toma de posturas ante el «episodio de Londres». Se reavivóLa detención de Pinochet obligó a un debate urgente sobre los pactos de transición chilenos y el estado de la memoria histórica reciente del país. Sepúlveda encauzó el sentir de aquellos que no terminaban de suscribíanir los acuerdos oficiales de la transicióntransición, por juzgarlos «amnésicos» conrespecto a la memoria de las víctimas de la dictadura. Edwards, por su parte, encarnó la postura de quienes preferían posponer a otras etapas de la transición los juicios históricos adel periodo de la dictadura, en aras de la consolidación de la paz social. Mientras la postura de Sepúlveda reunió a la mayoríapractica totalidad de escritores e intelectuales, la de Edwards resumió una opinión más extendida entre políticos y analistas hispanoamericanos. A propósito de la invocación de Edwards a una Ilustración política pendiente en Latinoamérica, en este artículo se incluye en responde a una línea de investigadoración más dilatada en torno a la presencial significado deado a la Ilustración hispanoamericana en las narraciones históricas deque sobre este periodo se han hecho en las últimas décadas. En este sentido, se analiza la polémica en un contexto amplio, al considerar los referentes históricos a que recurrieron ambos autores.

Unos pocos hechos seguros jalonan el proceso de detención y procesamiento judicial de Augusto Pinochet. El resto quedó para la opinión polémica, desde las causas de muchas de las decisiones judiciales y diplomáticas hasta sus consecuencias, algo que en buena medida todavía espera respuesta. La polémica prendió rápido entre los escritores, en especial entre los chilenos, como Jorge Edwards, Luis Sepúlveda, Enrique Lafourcade, Isabel Allende, Ramón Díaz Eterovic o Ariel Dorfman, así como los españoles Manuel Vázquez Montalbán y Francisco Umbral, además de una larga lista de intelectuales y periodistas que contribuyeron

a delinear las dos posiciones básicas en torno a aquella detención, que relanzó las dialécticas sobre la memoria histórica reciente de Chile.

Trataré la disputa inicial que sostuvieron los escritores chilenos Jorge Edwards y Luis Sepúlveda. Ellos representan unas de las primeras posturas públicas sobre la detención del ex general, y terminaron siendo síntoma de las tendencias predominantes en la sociedad chilena a la hora de evaluar el camino hecho y por hacer en lo relativo a su memoria histórica. La polémica inicial, planteada por la respuesta de Sepúlveda a un artículo de Edwards en las páginas del diario madrileño *El País*, llevó la discusión al ámbito de los escritores, quienes se citaron a menudo en las páginas de opinión de este mismo diario. La disputa, espoleada por el devenir del proceso judicial, tuvo reflejos en publicaciones periódicas chilenas como *Punto final* y *¿Qué pasa?* Los distintos autores tendían a posiciones básicas de las que Edwards y Sepúlveda eran sus grandes representantes. La discusión aún se habría de ampliar a otros escritores, como Enrique Lafourcade o el español Francisco Umbral, con motivo, en el caso de este último, de la concesión en 1999 del Premio Cervantes a Jorge Edwards.

El origen de la polémica en torno a la detención del entonces Senador Vitalicio se encuentra en el artículo de Jorge Edwards "Razones chilenas", publicado en el diario *El País* el 14 de noviembre de 1998 (Edwards 14-XI-1998: 11-12). En él propuso los puntos básicos de una guía política para la reciente detención, producida el 18 de octubre de ese mismo año. Se debía, según Edwards, tratar de preservar los pactos alcanzados tras el Plebiscito de 1988 entre las fuerzas salientes de la dictadura y la Concertación de Partidos por la Democracia. Tales acuerdos obligarían a una administración conjunta de la memoria histórica por parte de todos los sectores sociales, en los que se incluían, por tanto, los propios del pinochetismo. La actitud ante el nuevo escenario político que planteaba la detención de Pinochet debía respetar las normas que habría impuesto ese «modelo chileno» de transición a la democracia. En el artículo, esto implicaba no consentir que la memoria histórica de los años de la dictadura fuera juzgada por otros países, y garantizar las condiciones para un juicio justo en Chile.

Para Edwards, sin el respeto exterior por las instituciones, sería inútil pedirlo de los propios chilenos, así como para los acuerdos alcanzados, lo que sería una losa sobre el avance democrático, que, según lo nombra, es "una operación que se ejecuta sobre heridas abiertas". Como aval de actuaciones por parte de los, hasta entonces, dos gobiernos de la

transición (los de Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle) y como garantía para la celebración de un juicio en Chile, Edwards recordaba el encarcelamiento de Manuel Contreras, ex jefe de la policía política, la elaboración por parte de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación del llamado *Informe Retting*, así como las once querellas criminales contra Pinochet que en esos meses había admitido a trámite el juez chileno Juan Guzmán Tapia.

Este primer artículo destilaba una idea secundaria: su necesidad de distanciarse de las posiciones pinochetistas, que, con medios semejantes, es decir, llevando el juicio a Chile, esconderían sus propios fines. Por eso Edwards recuerda ya al comienzo su compromiso contra la dictadura "desde el primer día", y, anticipándose a las críticas, afirma al final de su artículo: "Defiendo otra cosa". En resumen, trataba de desmarcar su propuesta de una amnistía razonable de la de una amnesia colectiva que favorecerían los beneficiados de la dictadura. Esa frase en el último párrafo de su artículo, "defiendo otra cosa", indica la postura intermedia que quería personificar entre los dos grupos chilenos que entonces ocupaban las noticias sobre la detención de Pinochet: "el de los pinochetistas incondicionales y los allendistas nostálgicos".

El artículo encontró respuesta a los dos días, en un texto de Luis Sepúlveda publicado en las mismas páginas y titulado "La bestia acorralada" (Sepúlveda 16-XI-1998: 11-12). Sepúlveda no dejaba lugar a la negociación de la memoria histórica, y sugería una postura que poco después haría explícita un artículo de Ignacio Burgos en el periódico chileno *Punto final*: la de aquellos "sectores que no aceptan las reglas del juego fijadas entre «concertados» y militares" (Burgos 5-II-1999: 2). Esto era una acusación hacia la representatividad imperfecta de los acuerdos de transición y daba su propia respuesta a la denuncia, por parte de Edwards y de los ámbitos oficiales del concertacionismo, de una soberanía nacional violada: "No tendríamos nada en contra [de una defensa de la soberanía] si esta estuviera en manos del soberano" (*ibidem*), que, es obvio, se trataba del pueblo. El artículo de Sepúlveda no solo aplaudía las decisiones judiciales tomadas sobre el caso Pinochet, sino que trataba de igualar las propuestas de los concertados y de los pinochetistas allí donde Edwards las diferenciaba. Es decir, avisaba de la inutilidad práctica de hacer matices entre una amnistía y una "imposición forzosa de la amnesia como razón de estado"(Sepúlveda *op.cit.*).

Este sería el inicio de la polémica, si entendemos que constituye una reacción al anterior artículo de Edwards. Aunque Sepúlveda no alude en ningún momento a tal artículo, y más bien contesta a otro del periodista francés Jean Daniel publicado en las mismas páginas (Daniel 11-XI-1998: 11), en ocasiones responde puntualmente a Edwards, con alusiones literales a sus términos. El más importante es sin duda la idea de la razón de estado, que desde el mismo título de "Razones chilenas" había invocado Edwards. Esta razón de estado se subordinaba, como veremos, a una demanda central de Edwards en favor de la racionalidad histórica, poco presente, a su juicio, en la evolución de un pensamiento latinoamericano con escasa penetración de las ideas ilustradas. A lo largo de la polémica, lo mismo que en dos de sus últimas ficciones, *El Anfitrión* (1987) y *El sueño de la Historia* (2000), defendió la solución del posibilismo político en lo concerniente a la memoria histórica del país, apoyándose para ello en términos como la razón ilustrada o el maquiavelismo político, en cualquier caso poco populares. Sepúlveda despacha en el primer párrafo de su artículo la pertinencia de estos "eufemismos [...]que se mueven a sus anchas para justificar lo injustificable". Responde, a Edwards como a Daniel, sobre los inconvenientes de hacer una transición democrática sobre heridas abiertas: "es misión de los hombres decentes mantenerla limpia y abierta, porque esa herida es nuestra memoria histórica". Estaba clara la disyuntiva de los dos autores, entre quien supeditaba la memoria a la política real y quien defendía algo opuesto, unas posiciones que ambos sostenían desde el inicio de la transición y que actualizaron con motivo del «episodio de Londres».

Antes de producirse la detención de Pinochet, ambos autores venían escribiendo en *El País* sobre la transición democrática chilena. En el caso de Jorge Edwards, sus textos del mismo año 1998 antes de producirse la detención tienen que ver con la vida pública española en la que se desenvolvía buena parte del año, pero aparecen en ellos ideas que volverá a invocar durante la polémica. Es central su crítica a una irracionalidad secular de la política latinoamericana. En el artículo "Veintisiete años", del 8 de enero de 1998, sostenía que "hemos elevado lo carismático, lo masivo, lo movilizador, a la calidad de valor por sí mismo, y lo hemos hecho con la mayor irresponsabilidad"(Edwards 8-I-1998: 11-12). En artículos sucesivos, siempre antes de la detención de Pinochet, abordará la trama de los GAL (Edwards 22-VI-1998: 11) o la censura sobre la palabra poética (Edwards 21-VII-1998: 11). Siempre con sus críticas a la pasión ideológica en la política real, explica los caudillos hispánicos como figuras románticas, en ausencia de un "racionalismo ilustrado, con su sentido mayor de la realidad" (Edwards 22-VI-1998: 11). Pero, al mismo tiempo, no deja de

defender el rol político del poeta y del visionario frente al peligro de un pensamiento único, como hace a través de las figuras de José Ángel Valente y del jesuita chileno del siglo XVIII Manuel Lacunza. 1 Sin duda esta idea parece incoherente con su discurso racionalista, pero no así con su defensa del librepensamiento, como cuando menciona la visión política de Neruda durante el gobierno de Allende. Según dice Edwards, tras el triunfo electoral de la Unidad Popular, el poeta le había confesado que lo veía "todo negro", disensión que justificaría su «exilio dorado» en París, lo mismo por entonces que los de Alejo Carpentier o el propio Edwards. 2

Por su parte, Luis Sepúlveda había publicado, por el mismo periodo de 1998, el artículo "Pinochet: el gran travestido"(Sepúlveda 25-II-1998: 11), que dejaba clara la mayor necesidad que sentía de hablar de forma concreta de su inconformidad con la transición. Ya se refería al eufemismo o «travestismo moral» del término «reconciliación», tal como usaba el propio Pinochet en sus escasas intervenciones parlamentarias y que también recogían los partidarios concertacionistas y la misma Comisión que había elaborado el *Informe Retting*. Aunque aún no hubieran podido aludir al motivo polémico de la detención de Pinochet, estaba claro en los artículos de ambos el enfrentamiento entre quien necesitaba aludir directamente a su insatisfacción con el modelo chileno y con una reconciliación que solo obligaba a los perdedores, y quien lo justificaba, indirectamente, con una defensa de modelos teóricos del racionalismo y el posibilismo político.

De nuevo en el curso de la polémica, al artículo de Sepúlveda en respuesta al primer texto de Edwards "Razones chilenas", sigue un segundo escrito de Jorge Edwards, titulado "El olvido y la memoria", del 26 de noviembre de 1998 (Edwards 26-XI-1998: 11-12), que además coincidía con la reciente decisión del Comité de los Lores que le retiraba la inmunidad soberana a Pinochet y daba cauce al proceso de extradición pedida por el juez español Baltasar Garzón. 3 Edwards recela de las consecuencias históricas de la decisión, que si bien celebra desde un punto de vista emocional, le acaba produciendo serias dudas acerca de las precauciones que creará en otros dictadores, y de su negativa a conceder transiciones democráticas en sus países. En este artículo hizo mención a la "necesaria dosificación sabia de memoria y olvido" que necesitaría todo país para no verse atrapado por su pasado, una idea que en adelante repetirá en varias entrevistas y artículos. Edwards replicaba, asimismo, al Arzobispo de Santiago, para quien se había dado una sobredosis de olvido en el caso chileno y las heridas se habían cerrado en falso. Esto, según el Prelado, justificaba que desde el extranjero no se vieran garantías para un juicio chileno a Pinochet.

Edwards le responde aquí con una afirmación que no tardará en escandalizar a Sepúlveda: "Yo pensaba, por mi lado, que Chile había ido demasiado lejos en el tema del enjuiciamiento de los atropellos y crímenes". Y vuelve a mencionar los mismos ejemplos que en su anterior texto, en especial la detención de Manuel Contreras y las querellas tramitadas por el juez Guzmán. Otro de los términos que repite respecto a su primer artículo es el de un «Diccionario de las Ideas Recibidas» que los europeos aplicarían tradicionalmente sobre Latinoamérica, menospreciando la madurez política de sus pueblos y sus gobiernos. Mientras el proceso judicial a Pinochet se mantuvo en el extranjero, fueron constantes las críticas de Edwards a los apriorismos pasionales e ideológicos y al escaso conocimiento y respeto que se mostraba por las especificidades de la democracia chilena, la cual al fin defendía como la más antigua entre los países de habla castellana.

Fue el siguiente artículo de Edwards, de nuevo desde la tribuna de Opinión del diario *El País*, el que encendió la polémica y provocó un rápido alineamiento de escritores, que directa o indirectamente harían referencia a este artículo. Se publicó el día 4 de febrero de 1999, con el título "Las estatuas de sal" (Edwards 4-II-1999: 11-12). La alusión al mito bíblico adelantaba el contenido del artículo, en el que Edwards pretendía encarnar un sentir mayoritario de los chilenos antes del «episodio de Londres», que sería el de un relativo olvido y la adopción de perspectivas de futuro. Para él, el caso había producido "un remezón de la memoria" y una "vuelta de imágenes que parecían enterradas". La condena real que el proceso judicial estaba imponiendo no sería sino al pueblo chileno: la de "ser estatuas de sal", "obligados a mirar para atrás [...] aunque no nos guste". En el resto del artículo sostiene que mirar hacia atrás debía ser, en todo caso, una responsabilidad asumida por todos los sectores. Con esto venía a recordar a quienes demandaban "mantener abiertas las heridas" que no olvidaran "los errores del allendismo", su "escasa autocrítica, poco estudio de los asuntos, una visión que podríamos llamar «noctámbula» de las cosas". Aquellos errores del allendismo no justificaban para Edwards los atropellos a los derechos humanos que siguieron, pero aquel acriticismo sería el que de nuevo explicaba los apriorismos, pasiones ligeras y olvidos con que se juzgaba a Chile desde Europa, "sin un verdadero conocimiento de las circunstancias internas".

Edwards recordó a propósito la reedición de la biografía de Salvador Allende escrita por el chileno Enrique Lafourcade, publicada originalmente en Barcelona unas semanas después del golpe de 1973, biografía que Sepúlveda e Ignacio Burgos tendrían oportunidad de calificar de oportunista y tendenciosa. Al introducir esta nota, Edwards llegó a dar, consciente

o inconscientemente, un golpe de efecto dentro de la polémica. Introducía a un tercero en discordia, Lafourcade, con lo que en principio era una invitación halagadora a entrar en la polémica. Edwards lo calificaba de "uno de los autores más prolíficos y mejor dotados de mi generación", tras lo cual dejaba a merced de las críticas las ciertamente atrabiliarias opiniones de aquel, de las que se había distanciado de forma sutil en el texto. La réplica de Sepúlveda, el 12 de febrero en el artículo "Chile, un país, dos lenguajes"(Sepúlveda 12-II-1999: 11-12), incluía una ácida crítica al libro de Lafourcade, hasta el punto de que su artículo es, en la práctica, una semblanza elogiosa de Allende en respuesta a la de Lafourcade, Edwards mediante. Como quizás Edwards esperaba, Lafourcade respondió por su parte *ad hominem*, con una actitud enfática y llena de alusiones personales a Sepúlveda. No he podido leer el artículo de Lafourcade, que se publicó por la fecha en el diario santiaguino *El Mercurio*, pero sus ecos llegan al artículo de Ramón Díaz Eterovic "Pinochet y los escritores", publicado en *Punto final* el 2 de abril de 1999 (Díaz Eterovic 2-IV-1999: 23). En él se hace referencia al artículo de Lafourcade "sobre Luis Sepúlveda", que estaría basado, como a su juicio "acostumbra a emplear Lafourcade", en "chismes" y "comentarios de poco vuelo".

El artículo de Sepúlveda del 12 de febrero, al que contestara Lafourcade, no fue el primero que publicó tras el de Edwards "Las estatuas de sal", pero sí fue la primera respuesta explícita que Sepúlveda daba a Edwards. Solo un día después de aquel artículo, por tanto el 5 de febrero de 1999, había publicado "El Alzheimer político" (Sepúlveda 5-II-1999: 11-12). Parece escrito antes de que saliera el de Edwards, y alude al ministro de Relaciones Exteriores chileno José Miguel Insulza, quien como el propio Sepúlveda conoció el exilio, y al que acusa de inocularse "el bálsamo estatal de la amnesia". Le critica a Insulza su permanente defensa de las «reglas del juego»: "Tiene razón, solo que olvida que la primera regla del juego es reconocer que la defensa de los derechos humanos no admite ningún tipo de componendas".

Una semana después de este artículo, Sepúlveda escribió el que ya he mencionado en respuesta a Edwards y que, en buena medida, se dedicaba a defender la memoria de Allende frente a las acusaciones de Lafourcade, que llegaban a aludir a aspectos íntimos de la vida del presidente. Sepúlveda le dedica a Lafourcade calificativos que nunca ni en el mismo artículo había dedicado a Edwards, al referirse a aquel como "deleznable" y "bufón en el banquete de los vencedores". Quizás Edwards empezó a conseguir con esto un viento favorable en la polémica, pues dejaba sugerir entonces las mismas condiciones que él

observaba en la sociedad chilena. Es decir, una amplia mayoría democrática inhibida de polémicas sobre el pasado y que apostaba por el futuro, la cual él representaría en este caso, situada entre dos extremos "antidemocráticos" y "dogmáticos". Para entonces, Ramón Díaz Eterovic ya se refería a la "publicitada disputa entre Luis Sepúlveda, Jorge Edwards y Enrique Lafourcade" (Díaz Eterovic *op. cit.*). Algo que, en mi opinión, no es exacto, pues la polémica genuina surgió entre Sepúlveda y Edwards, y la función de Lafourcade no fue más allá de servir de contraste balanceador a Edwards y facilitar, de paso, su salida de la polémica. Edwards no había aludido hasta entonces abiertamente a Sepúlveda, pero en seguida invitó a los otros dos a "seguir" solos. Con este gestual rechazo de la polémica, parecía apoyarse en su propia interpretación del espectro de la sociedad chilena, así dividida en una mayoría que "dosificaba" su olvido y cerraba heridas en aras de la convivencia, frente a dos bloques extremistas y nostálgicos empeñados en polémicas sin salida.

Sin embargo, fue esta premisa la que Sepúlveda atacó en el artículo, al considerar que Edwards usaba un truco de estilo para pretender como verdad mayoritaria la suya, valiéndose de un intencionado «nosotros» enfático. Por eso afirma: "Como escritor, sé que la más innoble de las trampas es colectivizar con trucos de estilo una visión intencionada de las cosas". Se refería con esto a frases concretas del artículo "Estatuas de sal" que harían de premisa mayor no contrastada. En esas frases Edwards habría proyectado su opinión sobre la de un supuesto sentir mayoritario, como cuando se refería a las "imágenes que parecían enterradas" o a la obligación de mirar para atrás "aunque no nos guste". Negándole a Edwards esa supuesta neutralidad política del sentir mayoritario, Sepúlveda trataba de que su propia postura no se enfrentara directamente a las razones de los pinochetistas o a escritores venáticos como Lafourcade. Edwards no representaba a la sociedad porque la postura que Sepúlveda personificaba, trataba de decir, no estaba al margen de ella.

Hasta ese momento y en lo sucesivo fueron muchos los escritores que dieron su opinión sobre el Caso del Rey de España contra Augusto Pinochet Ugarte. Uno de los primeros en hacerlo, con un artículo en el primer día tras la detención, fue el español Manuel Vázquez Montalbán (Vázquez Montalbán 19-X-1998: última). Llama la atención que varios de ellos, en especial los que escribían desde las páginas de alguna publicación chilena, se orientaban explícitamente por las posiciones encarnadas en Edwards y Sepúlveda. Si nos referimos a los autores que escribieron artículos de opinión en las páginas de *El País*, los escritores se alinean mayoritariamente con tesis cercanas a las de Sepúlveda y los grupos de familiares de desaparecidos. 4 En este sentido Jorge Edwards encontró mayor cercanía con las

posturas de politólogos o políticos, como Jean Daniel o Felipe González, cuya opinión Sepúlveda calificó de "decepcionante" (Sepúlveda 16-XI-1998: 12), o los casos del ex presidente de Panamá Arístides Royo y el después canciller mexicano Jorge G. Castañeda, quien recientemente, además, ha tomado el caso Pinochet como ejemplo ilustrativo para la particular transición mexicana (Royo 30-X-1998: 9; Castañeda 4-XI-1998: 11; 11-V-2001: 9). Lo trata como un caso ambivalente: pernicioso en los riesgos que contrajo y positivo en su resolución, al ser eludido finalmente en el Reino Unido, alegándose razones humanitarias. 5

Las primeras menciones a una polémica entre los escritores comienzan a aparecer al poco de este apretado cruce de artículos entre los tres autores, si incluimos el de Lafourcade. Al menos la primera de que tengo constancia es una breve entrevista a Jorge Edwards, publicada sin firma el 4 de marzo de 1999 en el diario *El Mercurio de Valparaíso*. Es en ella donde el escritor desea a Luis Sepúlveda y a Enrique Lafourcade "que se entretengan" y se desmarca de la polémica. No la niega, sino que la emplaza entre ellos. Por entonces, la certeza de que había una polémica era tal que ya se la comparaba con la famosa, y más que una polémica, dilatada enemistad entre Pablo Neruda, Pablo de Rokha y Vicente Huidobro. 6 A la pregunta en ese sentido, Edwards respondió:

> -Parece que Luis Sepúlveda quiere ser el heredero de Pablo de Rokha pero como yo no soy el heredero de Neruda, ni de Huidobro, no va a haber tal polémica [...]. Yo escribí un artículo sobre el tema de Pinochet y la defensa de la soberanía chilena que no es una defensa de Pinochet [...] y nunca mencioné a Sepúlveda. En cambio, él después de ese texto arremetió contra mí y contra Enrique Lafourcade de una manera muy apasionada y violenta. (*El Mercurio de Valparaíso* 4-III-1999)

Edwards termina la entrevista deseando que Sepúlveda "siga con Lafourcade y que se entretengan". Si finalmente se incluía a Lafourcade, el estado de la polémica recreaba entonces, en aparente servicio de las tesis de Edwards, una escala hipotética de la sociedad chilena frente a la detención de Pinochet y al análisis de la memoria histórica. Pero el rol de Lafourcade no pasó de las alusiones personales ni llegó a encarnar con fuerza una posición política.

El hostigamiento del librepensador por los grandes bloques ideológicos de adhesión pasional ya había sido retratado por Edwards desde la ficción autobiográfica de *Persona non*

grata, al tratar los episodios que en 1970 determinaron su salida de Cuba como encargado de negocios de la Embajada chilena y en 1973 su expulsión de la carrera diplomática. La siguió manteniendo en el personaje protagonista de *El Anfitrión*, así como en los del Narrador y el arquitecto Joaquín Toesca y Ricci en la novela *El sueño de la Historia.* Todavía en uno de los artículos de esta polémica, "El olvido y la memoria", Edwards recordaba que su lucha por el restablecimiento de la democracia le habían llevado "a ser atacado con inusitada virulencia por los dos extremos del espectro político de Chile y de casi todos los países de habla española" (Edwards 26-XI-1998: 11), y refería ataques a causa de su defensa de la viabilidad del Plebiscito convocado por Pinochet en 1988, como ahora por su postura concertacionista ante al episodio de Londres.

En su artículo "La sonrisa de Maquiavelo", publicado en *El País* el 18 de mayo de 2000 (Edwards 18-V-2000: 11), Edwards recrea de nuevo su autorretrato como librepensador atrapado entre los grandes poderes ideológicos. Esgrime la autoridad de Maquiavelo haciendo un esbozo biográfico del político renacentista que es, en realidad, un pretexto autobiográfico: lo recuerda como un hombre político llevado a la escritura por su caída en desgracia, algo que solo es parcialmente aplicable a Edwards, hombre de temprana vocación literaria, pero al que se asemejaría, según el sutil autorretrato, como político marginado de los esquemas ideológicos debido a su carácter dúctil. Como Edwards, Maquiavelo escribía del pasado (sus comentarios a Tito Livio) para hablar de su tiempo. Igualmente, Maquiavelo había sido hombre del gobernador de Florencia Pier Soderini, pero la falta de carácter de este y su incapacidad para negociar salidas medias, algo que favoreció la vuelta de la tiranía de la familia Médicis, hizo que renegara de Soderini y se convirtiera en su acusador ante la Historia. Termina resumiendo los días finales de Maquiavelo, arrumbado de la Gran Historia por los partidarios de Soderini y de los Médicis.

Mientras el proceso judicial se desarrollaba en el Reino Unido, y la incertidumbre política era mayor, continuó la aparición de artículos de Edwards y Sepúlveda en el diario *El País*, si bien Sepúlveda parecía haber agotado la explicación de su postura, lo que le llevó a aparecer menos, mientras que Edwards subía con frecuencia a la tribuna a defenderse o a matizar la suya. Una de las alteraciones más claras de sus ideas iniciales fue en el sentido de la soberanía nacional. A partir de cierto momento, Edwards sostuvo que el proceso londinense no afectaba realmente a la soberanía nacional chilena, pues el juicio se legitimaba en acuerdos internacionales contra la tortura suscritos por Chile, de hecho por el propio Pinochet, que por lo tanto se habían incorporado por voluntad a la legislación

nacional. Pasó a reconocer también las dificultades para la celebración de un juicio justo en Chile y colocaba la detención de Pinochet en el contexto de la transición chilena: se habría abierto una segunda etapa que prometía terminar con la atonía de una transición que, a su juicio, había puesto todo el énfasis en la economía dejando aparcado el debate histórico. El argumento al que entonces dio más peso ya no fue de tipo ideológico o histórico, sino al del peligro contraído de una desestabilización interna de tipo reaccionario (Edwards 26-III-1999: 11-12).

Progresivamente, la postura de Edwards fue más distante del asunto inmediato de la detención de Pinochet, y de hecho agotó la polémica con Luis Sepúlveda, limitándose a exponer sus opiniones con una perspectiva que cada vez mostraba mayores deseos de pensar en el futuro que se abriría tras la conclusión de los juicios. Durante las dos vueltas de las elecciones presidenciales chilenas, publicó varios artículos donde apenas mencionaba el caso Pinochet y aludía a la necesidad de superar los «dogmatismos» pasionales del país. Tras la victoria de Ricardo Lagos el 16 de enero de 2000, volvería a incidir en su idea de una segunda etapa de la transición. Debía terminarse con la superficialidad de la primera, pero también manejarse con cautela, pues a Chile se le habría juzgado sin tratar de comprenderlo, con un riesgo real para su proceso democrático. Lo que no se habría razonado, desde dentro y sobre todo desde el extranjero, era la posibilidad de sufrir una dictadura más corta a cambio de una transición más larga y con etapas (Edwards 11-XII-1999: 11; 9-I-2000: 11; 12-II-2000: 11). En cualquier caso, una vez que parecía que la solución más fácil al juicio sería denegar la extradición por razones humanitarias, Edwards dejó el tema y terminó pidiendo a Lagos que supiera cortar los «nudos gordianos» de la memoria chilena para pasar a ocuparse de "temas propios del futuro"(Edwards 15-VIII-2000: 11-12). 7

No obstante, siguió invocando su figura de independiente frente a dos extremos políticos pasionales y cartesianos. 8 Seguía su necesidad de distanciarse de las posiciones pinochetistas, que hasta entonces no habían mostrado hacia él la hostilidad que había invocado en otros episodios. Lo cierto es que el mapa que Edwards sugería en la polémica, ilustrativo a su juicio de las tendencias de la sociedad chilena, cojeaba por la falta de hostilidad hacia él de uno de los extremos. Su necesidad de distanciarse de Lafourcade hizo que fuera Edwards quien antes se mostrara hostil hacia él, por lo que Lafourcade llegó a mostrar desconcierto. Entonces operaron causas que no solo aludían a la detención del ex Jefe de Estado, sino sobre todo a la concesión del Premio Cervantes a Edwards en 1999. El

escritor español Francisco Umbral, en última instancia el candidato perdedor ese año, lo acusaría de «escritor pinochetano» al año siguiente, cuando fue él quien lo recibió. Umbral había hecho unas declaraciones en que afirmaba que "Pinochet escribe mejor que Edwards" y sugería que el premio había sido una prebenda del gobierno español por su posición en el episodio de Londres. Edwards recogió estas declaraciones de Umbral en un artículo en el que recuperaba el tono apologético de los primeros textos de la polémica y hacía un balance de su postura (Edwards 4-I-2001: 11-12). Por su parte, Lafourcade respondió a principios de 2001 con un artículo en que incluso defendía a Edwards de la "desmesura de Umbral respecto de su pinochetismo", si bien lo hacía con ironía, para decir que tampoco había sido "un decidido antipinochetista". Lafourcade mostraba su desconcierto por la insólita inquina que Edwards mostraba públicamente por él. Tras zanjar algunos asuntos personales, que llegaban a tratar el injusto reparto de unas raciones de tortilla de zanahoria, lo invitaba a que recuperaran su amistad (Lafourcade 7-I-2001: 30). Si leemos en su contexto polémico el artículo, tal vez podamos percibir que Lafourcade rehúsa el papel discriminatorio que le dio el propio Edwards en la polémica, y le recuerda a Edwards una postura que, después de todo, sería común a la suya respecto al pasado reciente de Chile.

Esa pudo ser la dinámica de la discusión: de un lado, Jorge Edwards empleó un plural enfático atribuyéndose el parecer de la mayoría, con una postura intermedia que dejaba clara su diferencia con allendistas y pinochetistas. Con esto quería excluir del espectro democrático a Sepúlveda y a Lafourcade. Por su parte, Sepúlveda trataba de que sus razones no se enfrentaran directamente a las de los pinochetistas nostálgicos, como pretendía Edwards. Lafourcade tampoco consentía que Edwards se beneficiara de una posición diferente de la suya. Mientras Edwards los excluía, ellos defendían su inclusión en el debate democrático. No es descabellado trasladar esta polémica a un debate mayor de nuestros días, junto a todas las especulaciones sobre política internacional y globalización de la justicia a que dio lugar el episodio de Londres. Ramón Díaz Eterovic lo vio al analizar la postura de Jorge Edwards, que compartiría con la de "quienes postulan que la historia del hombre agotó sus oportunidades" (Díaz Eterovic *op. cit.*). En último término, se enfrentaron aquí dos posturas del debate sobre las oportunidades de la Historia: la de los que creen que puede haber otra posible, y la de quienes creen que una denuncia a la Historia en términos absolutos pertenece al pasado o se sitúa en los márgenes de las sociedades democráticas.

***

Puede ser interesante observar el desarrollo de la polémica en perspectiva, dentro de un momento más amplio de la Historia hispanoamericana. El elemento histórico que para muchos se hizo evidente nada más producirse la detención de Pinochet fue el de un intervencionismo español, teniendo en cuenta que una de las primeras y más dramáticas ocasiones de este intervencionismo histórico, entonces denunciado desde las repúblicas recién emancipadas, tomó por escenario el litoral del Pacífico sur. Este factor determinó la guerra del Perú contra la antigua metrópoli, y acabaría causando el famoso bombardeo de la bahía de Valparaíso. 9 Uno de los artículos de Edwards, que aún no ha sido citado, el titulado "Las bacinicas de don Casimiro" (Edwards 29-IX-1999: 11), hace precisa referencia a las difíciles relaciones entre Chile y España, que tras un periodo esperanzador se verían peligrar por la detención de Pinochet. Edwards acabó por descartar esa acusación de intervensionismo, ante la nueva era de globalización de la justicia. Si hubiera que definir en su contexto americano la posición política que adoptó, tal vez suscribiera, cómo no desde Chile, la de un moderno sarmientino. No solo por su defensa en la política latinoamericana de un pensamiento ilustrado de raíz europea, que resulta a su manera una adaptación del tópico de «Civilización y Barbarie», sino por su opinión semejante respecto a los propios opositores al régimen absolutista. Por ejemplo, cuando Sarmiento critica, por boca del embajador de Francia en Montevideo, a los antiguos unitarios que desde el exilio preparan la resistencia a Rosas: "son [como] los emigrados franceses de 1789: no han olvidado nada ni aprendido nada" (Sarmiento 1974: 240), en alusión a los nobles exiliados al comienzo de la Revolución francesa. Se trata entonces de la defensa de nuevos métodos de oposición que no sigan haciendo el juego a aquello que critican, que prescindan de las dicotomías de quienes, ahora para Edwards, "no han olvidado nada ni aprendido nada" (Edwards 15-VIII-2000: 11). En general, es común a Sarmiento su esperanza de cortar de una vez esos «nudos gordianos» (Sarmiento 1974: 130; Edwards 15-VIII-2000: 12) que atan un país al lenguaje de su pasado, así como el nuevo protagonismo de un joven "«cuarto elemento» [...] que no era el unitario, ni federal, ni ex rosista" (Sarmiento *op. cit*.: 235) y que habría aprendido que "las pretensiones exageradas de libertad que abrigan los unitarios han traído resultados tan calamitosos" (*ibid.* 256).

Por parte de Sepúlveda, cabría una reflexión consiguiente: si algo enseña la lectura de Sarmiento es la facilidad con que en la historia del caudillismo hispánico el «salvaje», el «bárbaro», siempre era el otro, algo que de hecho se encuentra en el origen de la palabra. El

apoyo histórico que utilizó Sepúlveda fue, si se quiere, escaso en relación al que empleó Edwards. Al menos en aquello que no afectara directamente a los antecedentes concretos de su vivencia de la dictadura –en alguna ocasión puestos en duda por el propio Edwards. No en vano, los antecedentes históricos y políticos desde los que escribe Sepúlveda han querido ser parcialmente desacreditados en las últimas décadas, por lo que tanto el episodio de Londres como su polémica fueron para muchos escritores la ocasión de redimir ese pasado político, en la defensa de una idea tal vez no absoluta pero sí universal de la Justicia. Ideal e innegociable, en tiempos en que la globalización cultural solo parece transmitir su relativismo.

Creo que esta última perspectiva americana de la polémica hace evidente su mayor recorrido, y, por lo tanto, su final improbable. Al menos una idea universal ha servido como conclusión mínima compartida por la mayoría. Sobre el resto de la polémica, como siempre, el resultado provisional dejó satisfechos a todos, queriendo tomar por halago la crítica ajena: oportunismo o ductilidad, dogmatismo o fidelidad, depende todo de lo que se haya querido entender.

NOTAS

1. Edwards tratará la figura de Lacunza (1731-1801) en su novela *El Sueño de la Historia*, Madrid, Tusquets, 2000, que se inicia con una cita de pórtico de su *Venida del Mesías en Gloria y Majestad* (publicada póstumamente en 1812). Creo que apela a su figura de jesuita expulso como paradigma de librepensador *avant la lettre*, que bajo sus visiones milenaristas escondía un racionalismo no dogmático, sensible a los aspectos oscuros de la Historia y superador de los viejos esquemas cartesianos.

2. Edwards se refiere a esto ya en *Persona non grata* (1973), y lo recupera con alusiones indirectas en *El Sueño de la Historia* (2000).

3. La votación de los Lores, que coincidía con el cumpleaños de Pinochet, resolvía por tres votos contra dos el inicio de la extradición. Esta decisión sería impugnada por los jueces el 24 de marzo de 1999, al aceptar la alegación de la defensa, que denunciaba la pertenencia de uno de los Lores a grupos contra la tortura relacionados con Amnistía Internacional.

4. Sirvan de ejemplo los siguientes: Allende, Isabel, "Los dictadores no pueden ir por el mundo como turistas de lujo", entrevista por Javier Valenzuela, *El País*, 26 de octubre de 1998. Dorfman, Ariel, "Dejemos de ser rehenes", *El País*, 1 de noviembre de 1998, p. 9; "Más allá del miedo", *El País*, 26 de noviembre de 1998, p. 11; "Que decidan las víctimas", *El País*, 2 de diciembre de 1998, p. 9; "Si Pinochet muere en el extranjero", *El País*, 12 de diciembre de 1998, p. 11. Fuentes, Carlos, "¡Viva Chile, mierda!", *El País*, 25 de noviembre de 1998, p. 11.

5. El 2 de marzo de 2000, el ministro de Interior británico Jack Straw denegó la extradición de Pinochet por su deterioro físico y mental. Un día después Pinochet regresaba a Chile. El juez Guzmán tenía entonces acumuladas 59 acusaciones contra él. El 8 de agosto de 2000, la Corte Suprema chilena resolvió el desafuero legal como Senador. El 9 de julio de 2001, la Corte de Apelaciones suspendía el juicio por razones humanitarias, y en julio de 2002 la Corte Suprema sobreseyó definitivamente las diligencias.

6. Una crónica detallada de la larga polémica que sostuvieron estos tres poetas desde comienzos de la década de los veinte hasta el fin de sus días se encuentra en el libro de Faride Zerán *La guerrilla literaria. Huidobro, de Rokha, Neruda*.

7. *Cf.* la entrevista realizada por Richard Vera: "¿Juzgar o consolidar?", *La Nación*, 12 de marzo de 2000, pp. 12-13. Edwards se refiere a su polémica con Sepúlveda y la descarta ya como otro de los temas del pasado.

8. No fue Edwards en único que señaló la polarización pasional de los grupos más notorios. Un escritor tan poco sospechoso de la postura oficial concertacionista como Ariel Dorfman (2002: 115) escribía: "Confieso que siento un cierto pudor, casi vergüenza e irritación, por la fogosidad e histeria de los dos grupos". Se refería a las manifestaciones del llamado «Piquete de Londres» y de los grupos de la Fundación Pinochet desplazados a Londres.

9. Para un estudio sobre el intervensionismo español y, en relación con él, una visión de este episodio concreto, *cf.* el ensayo de Enrique Zuleta *España en América. Estudios sobre la historia de las ideas en Hispanoamérica*.

BIBLIOGRAFÍA

BURGOS, Ignacio, "Acerca del olvido, la desmemoria y las sinrazones de Jorge Edwards", *Punto final*, 438, 5 de febrero de 1999, p. 2.

CASTAÑEDA, Jorge G., "Pinochet y las transiciones", *El País*, 4 de noviembre de 1998, p. 11.

—, "La transición democrática en México", *El País*, 11 de mayo de 2001, p. 9.

DANIEL, Jean, "Los jueces contra las naciones", *El País*, 11 de noviembre de 1998, p. 11.

DÍAZ ETEROVIC, Ramón, "Pinochet y los escritores", *Punto final*, 449, 2 de abril de 1999, p. 23.

DORFMAN, Ariel, "Dejemos de ser rehenes", *El País*, 1 de noviembre de 1998, p. 9.

—, "Más allá del miedo", *El País*, 26 de noviembre de 1998, p. 11.

—, "Que decidan las víctimas", *El País*, 2 de diciembre de 1998, p. 9.

—, "Si Pinochet muere en el extranjero", *El País*, 12 de diciembre de 1998, p. 11.

— (2002). *Más allá del miedo: el largo adiós a Pinochet*, Madrid, Siglo XXI.

EDWARDS, Jorge (1999) [1973]. *Persona non grata*, Madrid, Tusquets.

—(1987). *El Anfitrión*, Madrid, Tusquets.

—, "Veintisiete años", *El País*, 8 de enero de 1998, pp. 11-12.

—, "Desde las jaulas medievales", *El País*, 22 de junio de 1998, p. 11.

—, "La palabra sospechosa", *El País*, 21 de julio de 1998, p. 11.

—, "Razones chilenas", *El País*, 14 de noviembre de 1998, pp. 11-12.

—, "El olvido y la memoria", *El País*, 26 de noviembre de 1998, pp. 11-12.

—, "Las estatuas de sal", *El País*, 4 de febrero de 1999, pp. 11-12.

—, "Otra etapa de la transición chilena", *El País*, 26 de marzo de 1999, pp. 11-12.

—, "Las bacinicas de don Casimiro", *El País*, 29 de septiembre de 1999, p. 11.

—, "Vísperas", *El País*, 11 de diciembre de 1999, p. 11.

—, "El dilema chileno", *El País*, 9 de enero de 2000, p. 11.

—, "El amigo de Hamlet", *El País*, 12 de febrero de 2000, p. 11.

—, "La sonrisa de Maquiavelo", *El País*, 18 de mayo de 2000, p. 11.

—, "El nudo chileno", *El País*, 15 de agosto de 2000, pp. 11-12.

— (2000). *El Sueño de la Historia*, Madrid, Tusquets.

—, "La incontinencia literaria", *El País*, 4 de enero de 2001, pp. 11-12.

El Mercurio de Valparaíso (sin firma), Entrevista a Jorge Edwards, "Jorge Edwards deseó a Sepúlveda y Lafourcade «que se entretengan»", 4 de marzo de 1999.

FUENTES, Carlos, "¡Viva Chile, mierda!", *El País*, 25 de noviembre de 1998, p. 11.

LAFOURCADE, Enrique, "La tortilla de zanahoria", *El Mercurio*, 7 de enero de 2001, p. 30.

ROYO, Arístides, "Comprendiendo a Chile", *El* País, 30 de octubre de 1998, p. 9.

SARMIENTO, Domingo F. (1974) [1845]. *Facundo*, Buenos Aires, El Ateneo.

SEPÚLVEDA, Luis, "Pinochet: el gran travestido", *El País*, 25 de febrero de 1998, p. 11.

—, "La bestia acorralada", *El País*, 16 de noviembre de 1998, pp. 11-12.

—, "Chile: un país, dos lenguajes", *El País*, 12 de febrero de 1999, pp. 11-12.

—, "El Alzheimer político", *El País*, 5 de febrero de 1999, pp. 11-12.

VALENZUELA, Javier, entrevista a Isabel ALLENDE, "Los dictadores no pueden ir por el mundo como turistas de lujo", *El País*, 26 de octubre de 1998.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, "La detención de Pinochet", *El País*, 19 de octubre de 1998, última.

VERA, Richard, entrevista a Jorge EDWARDS, "¿Juzgar o consolidar?", *La Nación*, 12 de marzo de 2000, pp. 12-13.

ZERÁN, Faride (1992). *La guerrilla literaria. Huidobro, de Rokha, Neruda*, Santiago de Chile, BAT.

ZULETA, Enrique (2000). *España en América. Estudio sobre la historia de las ideas en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Confluencia.